

Sphera Publica

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y DE LA COMUNICACIÓN

sphaera.ucam.edu

ISSN: 1576-4192 • Número 17 • Vol. II • Año 2017 • pp. 111-124

El fenómeno de la violencia en televisión: características y formas de representación en la pequeña pantalla

Sara González-Fernández, **Universidad de Sevilla**
sargonfer@gmail.com

Recibido: 30/11/2017 • Aceptado: 15/12/2017 • Publicado: 21/12/2017

Cómo citar este artículo: González-Fernández, S. (2017). El fenómeno de la violencia en televisión: características y formas de representación en la pequeña pantalla. *Sphera Publica*, 2, (17), 111-124.

Resumen

La presencia de contenidos violentos en televisión es una constante en la realidad mediática. Su inserción en los discursos de ficción o no ficción es una de las cuestiones más analizadas desde cualquier ámbito de estudio. Sobre todo, en un momento en el que las nuevas tecnologías y los contenidos *online* se han convertido en los ojos con los que la ciudadanía se acerca al mundo y, a través de los cuales, la violencia se integra dentro de la sociedad virtual del espectáculo y el entretenimiento. En este trabajo, se aborda la el fenómeno de la violencia desde el punto de vista de su representación en televisión para conocer tanto las dimensiones, formas y características que presenta en la pequeña pantalla, como la responsabilidad con la que cuenta este medio como agente socializador y fuente de información y conocimiento para la opinión pública.

Palabras clave

Violencia, televisión, representación, medios de comunicación de masas.

The phenomenon of violence on television: characteristics and ways of representation on the small screen

Sara González-Fernández, **Universidad de Sevilla**
sargonfer@gmail.com

Received: 30/11/2017 • Accepted: 15/12/2017 • Published: 21/12/2017

How to reference this paper: González-Fernández, S. (2017). The phenomenon of violence on television: characteristics and ways of representation on the small screen. *Sphera Publica*, 2, (17), 111-124.

Abstract

The presence of violent content on television is a constant in the media reality. Its insertion in the speeches of fiction or nonfiction is one of the most analyzed from any field of study. Above all, at a time when new technologies and online content have become the eyes that citizenship is about the world, and through which, violence is integrated within the virtual society of the spectacle and entertainment. In this work, deals with the phenomenon of violence from the point of view of their representation on television to know both the dimensions, shapes and features presented on the small screen, such as the responsibility that this medium as a socializing agent and a source of information and knowledge for the public.

Key words

Violence, television, representation, mass media.

Introducción

La inserción de la violencia en los medios audiovisuales, concretamente, en la televisión, es uno de los temas que ha generado una mayor discusión en torno al estudio de los contenidos mediáticos y su relación con el espectador. Su adecuación o no en función del grado de realismo de su representación, el horario de emisión, los formatos en los que se presenta o el público al que potencialmente se dirige ha convertido a la violencia en uno de los fenómenos sociales más cuestionados en lo que respecta al vínculo o nexo de unión existente entre la televisión y la audiencia. La perspectiva de análisis sobre la que se ha enfocado este ámbito de estudio, sobre todo, el que respecta a los efectos que provoca la violencia mediática en el espectador, ha evolucionado. Ahora se apuesta por un punto de vista interdisciplinar en el que se tienen en cuenta numerosos factores (biológicos, culturales, psicológicos), dejando atrás, por tanto, los planteamientos simplistas con los que se iniciaban dichos estudios y que, principalmente, señalaban que:

- 1) La violencia que impregna la televisión se ha convertido en la causa de la violencia que existe en la sociedad, de manera que perjudica gravemente la conducta, especialmente, la de los niños.
- 2) La televisión, simplemente, refleja la violencia que existe en la sociedad a modo de espejo (Fonseca, 2007: 88).

Más allá del estudio sobre los efectos, el innegable poder con el que cuenta la televisión como referente para la configuración de la realidad y de la opinión pública, provoca que, a partir de los contenidos que en ella se emiten, las actuaciones y actitudes de los espectadores se vean modeladas e influenciadas:

El cine y la televisión son [...] fuentes de realidad logrando a veces que la audiencia se identifique con determinadas situaciones. Obtienen la aceptación social porque conectan con dimensiones plenamente personales, profundizan, plasman o analizan la vida de las personas, sus problemas, sus sentimientos y pasiones. Y lo hacen con tal fuerza que llega al mundo interior del espectador despertando pensamientos, valoraciones, cambios de actitud y percepción de la realidad (Sánchez-Labela, 2015: 11).

Así, a la fuerza y capacidad de penetración con la que cuenta la televisión hay que añadirle las características que, de forma intrínseca, presenta la violencia. El espectáculo es una de ellas y, en este sentido, como apunta Aguado (2003), “la cuestión de la espectacularidad atañe a dos aspectos cruciales en lo relativo a la violencia: la representación y la

construcción” (p. 60). Por ello, más allá de poner el foco en la cantidad de violencia que aparece en los medios, hay que analizar con especial énfasis la forma en la que aparece, ya que, a partir de ella, es como se puede atraer y fascinar o atemorizar e impactar a la audiencia:

En la actualidad, la violencia ha pasado de ser un componente más del relato audiovisual a ocupar, en algunos formatos y géneros, el papel de protagonista en cualquiera de sus manifestaciones. Una sobreexposición que convierte a la violencia en un elemento más de consumo que “banaliza su representación y que conlleva a efectos perversos –usos estéticos, lúdicos o, en el mejor de los casos, indiferencia–” (Imbert, 2002: 35).

Se trata, sin duda, de una cuestión compleja de afrontar debido a la sensibilidad que entraña y a la discusión que suscita, pero, al mismo tiempo, de una materia necesaria de plantear, sobre todo, en un momento dominado por la sociedad multipantalla en el que los contenidos que se emiten en la televisión ya no se ven sólo a través de ella y, por tanto, su difusión y alcance es mucho mayor. Este trabajo se centrará precisamente en ello, en abordar el discurso mediático de la violencia desde el punto de vista de su representación televisiva con la que poder aproximarse tanto a las principales características que adopta como a la forma y funcionalidades que adquiere en los relatos audiovisuales.

1. La violencia televisiva: ¿cómo analizarla?

La televisión, como medio de comunicación de masas con capacidad para transformar la realidad desde una perspectiva genérica, transmite, a través de sus contenidos, una determinada forma de entender la sociedad en función del contexto sociocultural, histórico y político en el que se encuentre inmersa. Entre estos contenidos, la violencia, como fenómeno social presente en la naturaleza humana en cualquiera de sus manifestaciones, también aparece representada en el discurso mediático según la realidad en la que se asiente, debido a que, al tratarse de un concepto polisémico, no cuenta ni con una definición ni con una interpretación categórica y taxativa. Y es que, como señala Sémelin (1983) “a quien habla de violencia hay que preguntarle qué entiende por ella” (p. 17) y, por eso, no todos los sujetos tienen la misma visión sobre lo que consideran un acto violento.

Con esta dificultad parte la comunidad académica y científica a la hora de analizar el discurso de la violencia en los contenidos televisivos. Pero, ¿por qué es tan importante realizar dicha tarea? Entre otras cuestiones, porque la violencia forma parte del propio

individuo, de su relación con su entorno, en el que se incluyen los medios de comunicación, y, por tanto, de la sociedad:

La violencia no es un fenómeno natural, es un problema social que se debe definir, examinar, valorar y analizar, es un hecho multicausal que debe investigarse desde una perspectiva holística, crítica, histórica, género sensitiva, tomando en cuenta variables cuantitativas y cualitativas que permita comprender sus causas y buscar posibles opciones que permitan prevenirla o intervenirla (Mesén, 2007: 3-4).

Además de ello, no hay que olvidar el poder de penetración e influencia que tienen los contenidos televisivos, donde la violencia ocupa un lugar preponderante por las emociones y sensaciones que despierta en la audiencia, así como por la capacidad de identificación e interiorización que provoca en el espectador, más si cabe si se trata de una audiencia infantil o juvenil. Un público en el que es más fácil que se produzca una desensibilización hacia la violencia, debido a que, en palabras de Gaylord-Harden, Cunningham y Zelenik (2011), se trata de un proceso que “sugiere que los jóvenes pueden comenzar a adaptarse a la violencia a través de ajustarse al dolor y la pérdida, viendo la violencia como normal” (p. 712). A pesar de todo, como apuntan Aran, Barata, Busquet y Medina (2001), cada individuo “canaliza la conducta violencia de acuerdo con unos valores y unas pautas de comportamiento aceptadas socialmente” (p.37).

Estados Unidos ha sido el país que más interés ha mostrado por cuantificar los contenidos violentos en televisión desde mediados del siglo XX, debido a las consecuencias que podían provocar en la audiencia en cuanto a la imitación y asimilación de conductas violentas. En este contexto, se realizaron numerosos estudios acerca de la frecuencia y medición de la violencia en televisión (Eleey, Gerbner y Tedesco, 1972; Gerbner y Gross, 1976; Signorielli, Gross y Morgan, 1982; Signorielli, Gerbner y Morgan, 1995). De hecho, como resaltan Moyer-Gusé y Riddle (2010) los efectos causados por la violencia televisiva han sido, probablemente, el tipo de efectos mediáticos más estudiado durante los últimos cincuenta años. Sin embargo, además de poner el foco de atención en la perspectiva cuantitativa, desde entonces se han ido elaborando una serie de métodos con los que abordar el análisis de la violencia mediática desde otras perspectivas. Entre ellos, cabe citar los que recoge Ramos (2012), tales como los experimentos de laboratorio o investigación experimental, los estudios de campo, los estudios correlacionales, los estudios de panel longitudinal, los experimentos naturales, los estudios de intervención o la revisión de meta-análisis.

En esta línea, se puede decir que no existe un consenso o un patrón unitario para evaluar o estudiar el discurso mediático de la violencia, pues se trata de una problemática que condensa múltiples significados y perspectivas de interpretación debido a su constante evolución y expansión. Sin embargo, donde sí hay una visión unánime es en el punto de partida, pues no hay investigación posible si no se determina, en primer lugar, el concepto de violencia que se quiere analizar. Así, entre las diferentes tipologías existentes de violencia (física, verbal, psicológica, de género, cultural, simbólica, estructural, etc), la selección de cuál de ellas se pretende abordar es fundamental para configurar el patrón de la investigación. Otros autores van más allá y se centran en el concepto de violencia en televisión. Cabe destacar a Berros (2010), que señala que la violencia televisiva hace referencia a las imágenes en las que se muestran agresiones de carácter físico y/o psicológico que ocasionan un daño a uno mismo o a otro y que contribuyen a que el público desarrolle una conducta violenta. Junto a ello, también hay otra serie de criterios a tener en cuenta para considerar un acto o conducta como violenta en televisión:

- 1) Apreciar (en el agresor) la intención de dañar a la víctima, es decir, descartar conductas que accidentalmente causan daño en objeto o persona. Quien actúa violentamente pretende hacerlo aunque las motivaciones puedan ser de diferente naturaleza.
- 2) Identificar daño físico o psicológico en la víctima.
- 3) Constatar que la violencia la comete un ser animado contra otro ser animado, animales u objetos inanimados (Igartua et al., 2001: 67).

No obstante, precisar cuáles son los criterios que se pretenden analizar del discurso mediático de la violencia es igual de relevante, ya que, en función de los objetivos y las pretensiones de la investigación, pueden existir unos más relevantes que otros a la hora de elaborar, por ejemplo, una ficha de análisis compuesta por un sistema de variables y categorías o en el momento de seleccionar una técnicas metodológicas con las que llevar a cabo el estudio. Llegados a este punto, es cuando, verdaderamente, se pone de manifiesto que la complejidad temática que presenta la violencia como término se traslada al ámbito de su estudio, debido a la dificultad existente para configurar métodos o indicadores con los que analizarla y que puedan ser, a su vez, extrapolados a otras investigaciones que también aborden la violencia en cualquiera de sus manifestaciones:

La violencia no aparece en el mundo “marcada” como violencia. La violencia se disfraza. Se presenta como algo inocente, necesario, justificado, legítimo. Esto se ha vuelto especialmente alarmante con el rápido desarrollo de las nuevas formas de

guerra tecnológicas y robóticas que tienen el efecto de invisibilizar, casi por completo, a la violencia. Por lo tanto, exponer la violencia, esclarecer qué la sostiene y la perpetúa, y determinar cuál debe ser la respuesta adecuada, es una tarea compleja y difícil (Bernstein, 2015: 262).

Así, las necesidades de la investigación serán las que determinen los criterios y métodos con los que aproximarse a la violencia mediática, pues, de la misma manera que, en la actualidad, los contenidos televisivos se adaptan a las nuevas plataformas y dispositivos desde los que llegar a la audiencia, la violencia también se amoldan a los diversos escenarios, géneros y formatos en los que se inserta. Es por ello por lo que no se pueden utilizar unas técnicas unitarias para su análisis, ya que éstas pueden variar tanto como las interpretaciones o las significaciones que se tengan de la violencia, así como los formatos en los que aparezca o los receptores a quien se dirija. Y es que la multiplicidad de estudios realizados sobre esta cuestión pone de manifiesto la imposibilidad de acotar o de reducir el análisis de la violencia audiovisual siguiendo un solo patrón, ya que no se trata de un fenómeno estático, sino que es tan cambiante como la propia sociedad.

2. El discurso mediático de la violencia: formas y representación

2.1 La violencia como elemento de atracción

El lenguaje audiovisual siempre ha ocupado una posición preponderante en la sociedad, más si cabe en la era de las tecnologías de la información y la comunicación donde la actualidad ha encontrado en los contenidos audiovisuales su mejor aliado, pues, a través de ellos, ofrecen a una ciudadanía hiperconectada la demanda de inmediatez informativa que requiere. En este contexto, al tiempo que la violencia ha encontrado en los medios de comunicación de masas una eficaz herramienta con la que despertar un sinfín de emociones en el espectador, los medios han encontrado en la violencia un elemento con el que atraer a la audiencia por la complejidad de sensaciones que es capaz de generar. Y es que, en palabras de Redondo (2010), su “capacidad para impresionar y conmover, impactar y aliviar al tiempo, hace que los acontecimientos que cuentan con el componente de la violencia tengan un puesto preponderante en los medios; preponderante y creciente” (p. 28).

Así, la televisión se caracteriza por emitir más contenidos y actos violentos que los que se producen en la vida real debido a que, gracias a ellos, logran cautivar al espectador y generar en él múltiples sensaciones, ya sean de fascinación o de rechazo. Se trata, por

tanto, como indica Camps (2003), de una forma de “destacar lo que llama más la atención y capturar a la tan preciada audiencia” (p. 3), debido a que, como sugieren Hernández y Finol (2014), “la violencia se intuye como una entidad susceptible de convertirse en espectáculo” (p.134). Sin embargo, esta incursión de la violencia como discurso mediático recurrente puede llegar a la pérdida de conexión con el público si su presencia no tiene razón de ser dentro del relato audiovisual, ya sea de ficción o no ficción. Junto a ello, otra de las consecuencias derivadas de su mecánica representación es que, al ser tan numerosos los géneros en los que se insertan, autores como Villaplana (2003) consideran que “pueden generar los referentes de un comportamiento agresivo en los receptores, especialmente espectadores más sensibles, esto es, los niños y los adolescentes” (p. 556). La adhesión del público hacia la violencia audiovisual tiene su razón de ser en el imaginario que se ha creado en torno a ella en la sociedad. Si se tiene en cuenta que la televisión no reproduce o refleja lo que ocurre en la realidad, sino que lo produce a partir de un discurso mediático, las imágenes que recibe el espectador a modo de información están conformadas de mucho más que eso: el espectáculo, el entretenimiento y las experiencias que se generan a partir de ellas tienen especial relevancia en la construcción de valores, opiniones y sensaciones en la opinión pública. Quizás, en este punto, es donde se encuentra el poder de seducción con el que cuenta la violencia audiovisual, en que su presencia despierta una curiosidad y unas emociones difíciles de sentir y experimentar en la vida cotidiana:

Las personas están fascinadas por la lógica del farol y la amenaza, la psicología de la alianza y la traición, las vulnerabilidades del cuerpo humano y el modo en que éstas pueden ser explotadas o protegidas. El placer universal que se obtiene de las diversiones violentas, que corren siempre el peligro de ser censuradas o de suscitar la denuncia de algún moralista, da a entender que la mente ansía información sobre las conductas violentas (Pinker, 2012: 635).

En esta línea, también cabe destacar que el hecho de que la violencia aparezca revestida de heroicidad y valentía y ejercida por personajes inteligentes, atractivos y glorificados por la narración en la que se insertan contribuye a fomentar la capacidad de seducción y de asimilación de los actos violentos que se emiten a través de la pantalla:

La imagen de la violencia más susceptible de ser imitada es la perpetrada por un agresor atractivo, que actúa por razones moralmente adecuadas, que es recompensado por sus actos violentos, que usa armas convencionales y que tiene

cierto sentido del humor. La cosa empeora cuando las acciones no llevan aparejadas consecuencias visibles que resulten desagradables (Sanmartín, 2008: 184).

Por otro lado, el estilismo y el embellecimiento en la representación de la violencia es fundamental para disminuir el impacto y la dureza que puedan contener dichas imágenes y envolverlas en un halo de espectacularidad y atractivo, sobre todo, en el género de la ficción, donde la ralentización, los efectos especiales y la propia estructura narrativa del relato contribuyen a potenciar las emociones y la fascinación hacia ella. Y es que, de esta manera, el espectador puede llegar a empatizar con los personajes violentos y conocer cuáles son los límites humanos a la hora de llegar a cometer agresiones de mayor o menor crudeza. En este sentido, hay que tener en cuenta que el proceso de socialización ha ido cohibiendo y castigando las conductas violentas en aras de una convivencia pacífica, por lo que, como señalan Fernández-Villanueva, Revilla-Castro, Domínguez-Bilbao y Almagro-González (2008), “presenciar la violencia puede suponer volver a enfrentarse con lo reprimido, con lo profundo, con lo que ya ha sido olvidado y rechazado” (p. 96).

De cualquier manera, el grado de interés y de atracción por la violencia varía en función de las preferencias y experiencias del espectador. En este proceso, entran en juego múltiples factores (socioculturales, educativos, familiares, etc) que pueden hacer que haya un mayor o menor distanciamiento entre el discurso mediático de la violencia y las sensaciones que es capaz de despertar en la audiencia. A pesar de ello, lo que sí es cierto es que el poder con el que cuenta la imagen violenta en televisión radica en que en ella hay más carga emocional que racional y, por este motivo, el espectador es capaz de experimentar, al mismo tiempo, y, en ocasiones, en contra de sus valores, adrenalina y miedo, fascinación e impacto o atracción e inquietud al visionar contenidos violentos.

2.2 De la saturación a la trivialización

Como se ha señalado anteriormente, la violencia se ha instaurado como discurso mediático recurrente en televisión debido, no solo a la carga emocional y a la expectación que suscita, sino también a la narratividad y normalidad con la que se presenta en los contenidos audiovisuales:

Una característica nueva en las sociedades modernas es la explotación comercial de la violencia, es decir, la “venta” de la violencia con planteamientos empresariales del mejor marketing de escuela de negocios y la mejor comunicación posible, preferiblemente en medios audiovisuales. Bajo el pretexto de la libertad de expresión,

y del culto al arte, la cultura y la estética, el ciudadano medio puede “consumir” cada día, varias guerras, unos cuantos asesinatos, escenas terroristas, violaciones, maltratos... y todo ello bendecido por la sacrosanta libertad de expresión (Castellblanque, 2003: 623).

La televisión, como medio de comunicación de masas, pretende que los mensajes que en ella se emiten lleguen al mayor número de espectadores posibles. De ahí que la capacidad de impresionar, impactar y atraer con la que cuenta la violencia la convierten en un elemento recurrente para llamar la atención de la audiencia, algo a lo que contribuye la facilidad que presenta para insertarse en cualquier tipo de formato, género o espacio audiovisual:

El lenguaje de la violencia es universal, no necesita traducción ni interpretación, todo el mundo lo entiende en un mundo globalizado, traspasa con gran facilidad todas las barreras culturales. No hace falta un gran esfuerzo ni una gran inteligencia para descifrar el sentido de la acción violenta. La industria audiovisual sabe perfectamente que la violencia es la manera más eficiente de captar la atención de la gente y de manipularla, especialmente si se trata de gente joven (Camps, 2003: 12).

Sin embargo, la constante presencia de contenidos violentos en televisión provoca una banalización de los mismos, ya que el hecho de que se muestre con tanta normalidad y naturalidad hace que se difumine el grado de preocupación, importancia e impacto que debería ir asociado a los actos violentos, convirtiéndose, así, lo extraordinario en algo ordinario. De esta manera, como apunta Mongin (1998), “cuando la violencia de las imágenes aparece ‘como natural’, desaparece la sensación de una gradación, o de una escalada, puesto que estamos ‘definitivamente instalados’ en ella.” (p. 31).

La trivialización de la violencia dificulta la distinción entre la real y la que tiene apariencia de real sin serlo, así como entre la violencia ficticia y la que no lo es pero se representa como tal; algo a lo que se le añade la confusión que se produce al relacionar la violencia con géneros como el *thriller*, la aventura o la acción cuando no tienen por qué guardar ningún tipo de asociación, ya que la violencia, en la actualidad, puede estar presente en este tipo de géneros pero no tiene que ser un requisito imprescindible, como ocurría, por ejemplo, en los inicios del cine:

Mientras que en el cine clásico la violencia suponía el desenlace de un conflicto entre rivales, estructurando un modo de relato que oponía individuos o grupos cuyos destinos más o menos trágicos estaban abocados a un final violento. Los nuevos guiones son una excusa para entrelazar secuencias con ritmos vertiginosos en las

que mostrar una puesta en escena ostentosa y unos efectos especiales cada vez más sofisticados. La violencia parece ser el único objetivo de estas películas en las que se sustituye la historia de relaciones entre personajes por la acción descontrolada de un *justiciero*, o de un *psicópata* que acaba produciendo una carnicería. (Campo, 2007: 8).

Y es que, en palabras de Bandura (2002), la televisión “produce y comercializa algunas de las formas más brutales de la crueldad humana bajo las etiquetas esterilizadas de programas de acción y aventura” (p. 105). Se establece, por tanto, en el espectador una asociación inadecuada, ya que, con ello, se le hace creer que para sentir la excitación y la adrenalina característicos de los contenidos de acción o de aventura en ellos tiene que haber altas dosis de violencia, cuando no tiene por qué ser así.

Con ello, se pone de manifiesto que una de las características con las que cuenta el discurso mediático de la violencia es su propia trivialización, algo a lo que, como señala Hernández (2014), ha contribuido la televisión desde el momento “en que comenzaron a escenificarla y representarla hasta la saturación” (p. 107). Una saturación que, por su parte, conlleva a una insensibilización hacia la violencia, pues una prolongación en la emisión de contenidos violentos provoca la incapacidad de sentir emociones, positivas o negativas, hacia ellos. Así, Mongin (1998) apunta que el individuo “no transforma la violencia sino que se esfuerza por anularla sobreconsumiéndola” (p.142).

La reiterada representación de la violencia audiovisual se sitúa en una frontera difícil de delimitar, ya que si, por un lado, se puede atrapar a la audiencia a partir del atractivo y de las emociones que se generan con los contenidos violentos, por otro, se puede producir una desconexión del espectador del relato audiovisual en los que son insertados:

Nuestra época podría muy bien llamarse la era de la violencia porque las representaciones reales o imaginarias de la violencia, que no pocas veces se difuminan y se confunden, son ineludibles. Y, sin embargo, este exceso de imágenes y discursos sobre la violencia embrutece y hasta inhibe el pensamiento (Bernstein, 2015: 28).

Y es que, si se trata de una violencia gratuita que ha caído en la banalización y que no tiene razón de ser dentro del discurso narrativo, la fuerza con la que inicialmente cuenta se desvanece por completo.

Conclusión

Tras hacer una revisión sobre las principales características con las que cuenta el discurso mediático de la violencia, así como de su relevancia para analizarlo y su relación con la pequeña pantalla, se pone de manifiesto que la violencia es un recurso muy poderoso como elemento televisivo en cualquiera de sus manifestaciones. El espectáculo que ya de por sí genera cualquier acto violento se multiplica cuando se emite o se inserta en los diferentes formatos o géneros televisivos. Y es que la televisión, como medio de comunicación de masas y agente socializador, debe contar con un equilibrio en cuanto a la emisión de contenidos violentos, ya que no hay que olvidar la capacidad de influencia que tiene en el espectador, más si cabe, entre la audiencia juvenil e infantil por ser un público inmaduro y en plena construcción de identidad.

Es cierto que la solución no radica en eliminar cualquier rastro de violencia de la televisión, puesto que, en mayor o menor medida, forma parte de la sociedad y del entorno del ser humano, pero, como señala Bernstein (2015), sí habría que “evitar la tentación de celebrar y glorificar la violencia” porque “no es creativa, por el contrario, es esencialmente destructiva” (p. 264).

Por otro lado, también cabe señalar que, a pesar de que la televisión no es la única responsable de que los individuos adopten, interioricen y realicen agresiones o actos violentos en su día a día, ya que entran en juego factores de orden psicológico, cultural y biológico, sí que tiene su parte de responsabilidad como agente socializador que es. Por ello, la representación que se haga de la violencia cobra tanta importancia, porque es a partir de la forma en la que aparece y del embellecimiento o atractivo con el que se envuelve los actos violentos como puede fascinar al espectador, sobre todo, si es joven, y contribuir a la asimilación y adopción de conductas violentas.

Bibliografía

- Aguado, J. M. (2003). La Gorgona y el espejo: sobre las implicaciones socioculturales de la representación de la violencia. En *Violencia y medios de comunicación: recursos y discursos. II Congreso Internacional Comunicación y Realidad* (pp. 59-83). Barcelona: Trípodos.
- Aran, S., Barata, F., Busquet, J. y Medina, P. (2001). *La violència a la mirada. L'anàlisi de la violència a la televisió*. Barcelona: Trípodos.

- Bandura, A. (2002). Selective moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of moral education*, 31 (2), 101-119.
- Bernstein, R.J. (2015). *Violencia. Pensar sin barandillas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Berros, J. B. (2010). La influencia de los relatos audiovisuales desnarrativizantes en la desestructuración del pensamiento: una forma de violencia social. *Prisma Social: revista de ciencias sociales*, (4), 1-42.
- Camps, V. (2003). La violencia en la televisión: ¿Qué debemos hacer? *Quaderns del CAC*, (17), 3-14.
- Campo, N. D. (2007). *Violencia y Cine: Análisis de la puesta en escena de la violencia*. Tesis de Máster. Universitat Politècnica de València.
- Castellblanque, M. (2003). La violencia y su comercialización en los medios de comunicación y de entretenimiento. En *Violencia y medios de comunicación: recursos y discursos. II Congreso Internacional Comunicación y Realidad* (pp. 623-631). Barcelona: Trípodos.
- Eleey, M. F., Gerbner, G., y Tedesco, N. (1972). Apples, oranges, and the kitchen sink: An analysis and guide to the comparison of "violence ratings". *Journal of Broadcasting & Electronic Media*, 17 (1), 21-31.
- Fernández-Villanueva, C., Revilla-Castro, J. C., Domínguez-Bilbao, R. y Almagro-González, A. (2008). Los espectadores ante la violencia televisiva: funciones, efectos e interpretaciones situadas. *Comunicación y Sociedad*, 21(2), 85-113.
- Fonseca, S. (2007). Lo que hacen los medios. En Fernández, J. y Noblejas, M. (Eds.), *Cómo informar sobre infancia y violencia* (pp.23-25). Valencia: Centro Reina Sofía.
- Gaylord-Harden, N.K., Cunningham, J. A. y Zelenik, B. (2011). Effects of Exposure to community violence on internalizing symptoms: Does Desensitization to Violence Occur in African American Youth? *Journal of Abnormal Child Psychology*, (39), 711–719.
- Gerbner, G. y Gross, L. (1976). Living with television: The violence profile. *Journal of communication*, 26 (2), 172-194.
- Hernández, J. A. (2014). El cadáver mediático y su potencia visual: una mirada antroposemiótica. *Opción*, (75), 104-118.
- Hernández, J. A. y Finol, J. E. (2010). Representaciones del cuerpo: de la belleza a la violencia corporal en los medios. *Semióticas del Cuerpo*, (8), 129-150.

- Igartua, J. J. et al. (2001). La violencia en la ficción televisiva. Hacia la construcción de un índice de violencia desde el análisis agregado de la programación. *Zer: Revista de Estudios de Comunicación*, 6 (10), 59-80.
- Imbert, G. (2002). Violencia e imaginarios sociales en el cine actual. *Comunicación y política*, (18), 27-51.
- Mesén, F. R. (2007). La violencia un factor constante: un acercamiento a la experiencia de Trabajo Social en el sector Educación. *Revista costarricense de trabajo social*, (19), 1-20.
- Mongin, O. (1998). *Violencia y cine contemporáneo: ensayo sobre ética e imagen*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Moyer-Gusé, E. y Riddle, K. (2010). *El impacto de los medios de comunicación en la infancia. Guía para padres y educadores*. Barcelona: Editorial UOC.
- Pinker, S. (2012). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Barcelona: Espasa Libros.
- Ramos, M. M. (2012). Cómo medir la violencia audiovisual: principales métodos y estudios realizados. *Aposta: Revista de ciencias sociales*, (53), 1-17.
- Redondo, M. (2010). El valor mediático de la violencia. *Vivat Academica*, (111), 25-33.
- Sánchez-Labela, I. (2015). *Veo veo, ¿qué ven? Uso y abuso de los dibujos animados. Pautas para un consumo responsable desde la infancia*. Madrid: Fundación Inquietarte.
- Sanmartín, J. (2008). ¿Hay violencia justa? Reflexiones sobre la violencia y la justicia basada en los derechos humanos. *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, (43), 5-14.
- Sémelin, J. (1983). *Pour sortir de la violence*. Paris: Les édition ouvrières.
- Signorielli, N., Gross, L. y Morgan, M. (1982). Violence in television programs: Ten years later. En Pearl, D., Bourthilet, L. y Lazar, J. (Eds.), *Television and social behavior: Ten years of scientific progress and implications for the eighties* (pp. 158-173). Washington: DHHS Publications.
- Signorielli, N., Gerbner, G. y Morgan, M. (1995). Standpoint: Violence on television: The cultural indicators project. *Journal of Broadcasting and Electronic Media Spring*, (39), 278-283.
- Villaplana, V. (2003). El discurso televisivo de la violencia. En *Violencia y medios de comunicación: recursos y discursos. II Congreso Internacional Comunicación y Realidad* (pp. 555-565). Barcelona: Trípodas.